

¿POR QUÉ LOS CONFERENCIANTES LEEN SUS CONFERENCIAS?**Delia Aguiar Baixauli****UNED**dadabaixa@gmail.com

«El hombre es un hechicero para el hombre y el mundo social es ante todo mágico». J.-P. Sartre

I

¿Por qué los conferenciantes leen sus conferencias? ¿Se puede responder a esta pregunta sin que las respuestas que ensayemos sean hirientes o agresivas para algunos conferenciantes? Difícilmente, aunque de la finura y el tacto con que se responda dependerá el tamaño de esas heridas. Sin el deseo de molestar a nadie, pero con la necesidad de saber qué se esconde tras este hecho, es preciso establecer un breve análisis.

En primer lugar, tendríamos que hacer un balance de los intereses a la hora de transmitir algo, y preguntarnos qué pesa más: el interés por mostrar las propias dotes artísticas y literarias, o el interés por mostrarse a uno mismo como un todo. (Abro aquí un paréntesis para aclarar que el interés en la transmisión del conocimiento en sí, de los contenidos, se da por supuesta y es común en los dos casos, ya que esa transmisión se realiza siempre por medio de la voz y las palabras, independientemente del modo en que esas palabras se hallen en la mente del conferenciante, si sujetas una a una en su memoria y desfilando por sus labios, o saliendo de estos tras pasar previamente por los ojos durante la lectura).

Las dotes literarias, el dominio del lenguaje, el uso de las metáforas y, en definitiva, el bello discurso, no puede ser improvisado, es algo por lo que ha de haberse peleado en la soledad de una habitación y solo puede mostrarse íntegramente con la precisión de una fiel lectura. Si el discurso se lee, además, con una buena entonación y algo de afectación, el éxito está garantizado. El conferenciante ha ofrecido conocimientos sin poner nada en juego y ha sacado a relucir su pluma, pero su persona ha permanecido oculta. El público se pregunta dónde está el hombre, aquel que ni una sola vez le ha mirado a los ojos, que, en definitiva, no se ha dirigido a él, puesto que no ha regulado el ritmo de sus aportaciones en función de la atención que él le mostraba. Porque todo público, si uno sabe percibirlo, exige y demanda en silencio que el conferenciante se detenga un poco más de tiempo en cierta cuestión, que la amplíe u ofrezca, quizá, un sencillo ejemplo.

El conferenciante que lee, en definitiva, está dando la espalda al público, le está ignorando, es decir, lo tuvo presente en aquel momento en el que escribía su conferencia en la soledad de su casa; pero cuando se halla frente a este, con la cabeza hundida en su texto, se olvida de él. Ha partido de dos presuposiciones erróneas: que todos los públicos son iguales (en cuanto a necesidades explicativas), y que el público solo puede aprender de sus palabras y no de su persona. Un gran error, pues aprendemos más a menudo de la forma en que nos dicen las cosas que de las cosas que nos dicen. Todo discurso ha de estar encarnado en una mirada, en una manera de mover las manos, incluso en alguna traba natural que se produce en el habla, en la emoción de no

saber si lo que sigue vendrá de forma espontánea a la memoria o habrá que recurrir a ese texto que sirve solo de guía, siendo esa emoción la que hace del discurso un ser vivo, porque el conferenciante está vivo, o mejor, está viviendo su discurso.

Que un conferenciante se abstenga de leer no significa que esté improvisando —esto sería una irresponsabilidad—, sino que antes ha interiorizado lo que quería decir y lo ha comprendido de tal modo que ahora puede exponerlo con naturalidad, posiblemente con esa guía que le sirve de apoyo si en algún momento se pierde. Pero es él mismo el que se ofrece, desamparado y desnudo, él con su saber y con ese conjunto de símbolos corporales que delatan sus flaquezas, sus preocupaciones o su intranquilidad respecto de cada contenido que se va sucediendo. ¿Quién se atreve a decir que de todo eso no se aprende? Solo aquellos que consideran que el conocimiento puede ir separado del cuerpo, de las emociones y de la persona, que es un instrumento más con el que se puede operar, como una herramienta, un martillo que uno usa y después deja sobre la mesa, del que se desvincula por completo pero del que, sin embargo, se ha beneficiado para exponer sus dotes.

El conferenciante que lee es solamente un actor, un hombre que presta su cuerpo a otro hombre que días antes escribió un texto y que ahora interpreta con rigor y exactitud. Pero, como todo actor, nunca mira a su público. El texto que escribió ese otro hombre que fue él hace días es un texto brillante, y él quiere compartir ese brillo, no está dispuesto a sacrificarlo en aras de otros elementos por los cuales el público se enriquecería aún más. Ese público siempre se quedará con hambre. El conferenciante ha inclinado la balanza en favor de sí mismo y no de los otros, se ha convertido en algo así como un sofista, que ya solo aspira a convencer por todos los medios, y donde el impulso inicial del que nace su discurso queda, si no distorsionado, al menos oculto.

Los sofistas enseñaban el camino del triunfo en la carrera política (principalmente), aunque también, según nos cuenta Filóstrato, los modos de transmitir el respeto y la reverencia hacia la cultura clásica. La ejercitación del poder de persuadir era fundamental, y la creencia en una verdad universalmente válida no tenía cabida. Entre los sofistas imperaba el relativismo, tanto gnoseológico como ético. Las acciones eran valiosas en función de su éxito. En *Sofista*, Platón los compara con las personas que pescan con caña, y los califica de productores y comerciantes de conocimientos, de «discutidores profesionales» o «refutadores»¹. Desde que Kant destruyó el concepto de verdad como adecuación entre pensamiento y ser, está de más suponer que el lenguaje pueda expresar algo como la cosa en sí. Sabemos que es imposible tal hazaña, pero sí podemos apreciar y valorar los argumentos que se ofrecen para sostener cualquier afirmación. Sin embargo, en la actualidad ya no basta con que los argumentos sean claros y limpios, sino que la estética del discurso ha tomado una importancia tal, que se hace casi necesario que un texto sea leído a fin de conservar esa estética.

La *Retórica* de Aristóteles, considerada esta como la orientación de la búsqueda de los medios de persuasión para cada caso, nos muestra que se ha de tener siempre en cuenta el *páthos* de los oyentes, que no es el mismo, por ejemplo, si estos son los miembros de una asamblea política o los jueces de un pleito. El tipo de carácter será más apropiado para cada género de discurso, si este es judicial, epidíctico o deliberativo. Para Aristóteles la benevolencia será, por

¹ Platón, *Sofista*, en *Diálogos*, vol. V (1988), (trad. M. I. Santa Cruz, A. Vallejo Campos y N. Luis Cordero), Madrid, Gredos, pp. 348-375.

ejemplo, un factor positivo para la persuasión de un jurado que delibera sobre una falta. Sin embargo, creemos que esa benevolencia nunca se transmitiría del mismo modo mientras se lee un discurso que mientras se produce este espontáneamente. Los matices de los gestos, del énfasis y de la mirada, por ejemplo, aportan muchos datos.

El discurso leído permite conservar la belleza de las expresiones al precio de difuminar o mantener ausentes los rasgos de un carácter. El conferenciante que lee sus conferencias, además de pretender convencer con la mera *ratio*, busca que el buen sonar de su discurso se mantenga, y considera este un elemento más que da fuerza a sus sentencias. Pero no cuestionamos aquí que la posible verdad que defiende sea adornada, sino aquello de lo que, con la mera lectura —lectura que es inevitable para conservar la belleza literaria, pues las bellas metáforas no brotan espontáneamente—, nos está privando.

II

En segundo lugar, y para continuar, habría que ahondar en aquello que se espera encontrar en la escucha del discurso filosófico, y en por qué la expresión hablada y espontánea nos podría aportar algo más; cuáles son los motivos para pensar que esta amplía los conocimientos que recibimos en una conferencia. Heidegger entendía la filosofía como un co-rresponder (*Ent-Sprechen*) al ser del ente, que es realmente un hablar, un acto al servicio del lenguaje. En su conferencia *¿Qué es la filosofía?*² se encuentra muy presente la idea del temple de ánimo (*Stimmung*) como un factor crucial en las distintas épocas de la filosofía, porque este temple pone voz al pensar; el asombro fue una disposición de ánimo desde la que se les facilitó a los griegos el co-rresponder al ser del ente, mientras que, en la actualidad, esas disposiciones de ánimo pueden ser la desesperación, la indignación, el temor, etc. El conferenciante tiene, sin duda, un temple de ánimo que, como es lógico, no siempre se manifiesta en el contenido de sus escritos, porque ese temple ya ha «hecho» su tarea constituyendo la motivación de su co-rresponder al ser del ente —por seguir en términos heideggerianos—, sino que se halla entre los materiales de la trastienda que llevaron a escribir al autor, y que solo «reviven», o se reactivan, cuando el pensamiento vuelve de nuevo al proceso de sus indagaciones, en medio de cierta espontaneidad del decir, y no ya del leer. Esa motivación es la que se busca y la que puede ampliar los conocimientos del que escucha una conferencia y acercarle al origen mismo de las palabras que se le ofrecen, al aparecer del ser-ente, cuando se derriban las murallas de protección que se alzan en el texto leído, y que ocultan el mencionado temple de ánimo. Para cualquier fenomenólogo, y Heidegger lo era, todo hecho humano —todo estado psíquico— es significativo, y quitarle su significación es quitarle su carácter humano. Existir es, precisamente, asumir el ser.

Pero ¿tanto *conocemos* a partir de las emociones y las motivaciones del conferenciante y de su espontaneidad? Antes de nada hay que dejar claro que las emociones son *padecidas*, no podemos librarnos de ellas cuando nos viene en gana; a la vez, estas no siempre se ponen de manifiesto, y, aunque lo hicieran, la manifestación fisiológica, que es lo que un público percibe, no siempre se corresponde con el verdadero estado de la conciencia del que padece la emoción. La ira, por ejemplo, tiene unas manifestaciones fisiológicas muy similares a las de la alegría, como el

² Heidegger, M. (2006), *¿Qué es la filosofía?*, (trad. Jesús Adrián Escudero), Madrid, Herder.

aumento del ritmo de la respiración, etc. Sartre se ocupa de esto en su *Bosquejo de una teoría de las emociones* (1939), un texto que ataca el reduccionismo de la psicología y el psicologismo en favor de la fenomenología de Husserl. Allí nos muestra cómo la emoción es un modo de existencia de la conciencia, en donde esta comprende su «ser en el mundo». La emoción no es solo una modificación fortuita del sujeto, sino una alteración total del mundo. Sartre se refiere a la «magia» (*magie*) como una modificación de los objetos en la distancia que practicamos de forma espontánea. Entre algunos ejemplos que nos ofrece está el de las uvas: cuando queremos alcanzar un racimo que está demasiado alto y vemos que esto no es posible, entonces pensamos que las uvas estaban demasiado verdes (transformamos el objeto a nuestro antojo); o en la huida del miedo, donde sufrimos un desmayo (que consiste en una negación de la realidad); pero también, de alguna manera, cuando nos dan una terrible noticia y cerramos los ojos unos segundos, como si *mágicamente* pudiéramos hacer desaparecer el mundo; o con la alegría (si, por ejemplo, nos ha tocado la lotería, tendemos a llevar a cabo la posesión de un objeto deseado con una totalidad instantánea, lo vemos ya en nuestras manos). La emoción es una determinada manera de aprehender el mundo, y, a través de ellas, de las emociones, nos muestra Sartre que un mismo mundo puede aparecer como cruel, alegre, sombrío, terrible, etc.

Pero esto se refiere solo a las emociones «desde dentro», en cuanto sentidas por un sujeto. Pero ¿y en cuanto percibidas? No es tanta la diferencia que se produce al considerar cómo nos afectan las emociones de los otros, que, al fin y al cabo, son también objetos del mundo. Los movimientos de su cuerpo, sus gestos y sus expresiones, que delatan emociones, terminan formando un todo con la emoción de nuestro organismo. La admiración del otro se produce, por ejemplo, cuando vamos de la aprehensión racional del mundo a otra «mágica», motivada por un elemento agradable. Sartre escribe «hay un aspecto mágico de los rostros, de los gestos, de las situaciones humanas»³.

No cabe duda de que las emociones de los otros producen a su vez nuestras emociones, y, con ellas, nuestra aprehensión del mundo. El ya mencionado Filóstrato, al narrar la vida del sofista Arístides, explica que era este muy cuidadoso en preparar sus discursos, porque no tenía disposición para la improvisación. Y que, tras el terremoto de Esmirna (en el año 178), emocionó tanto al emperador Marco con su discurso y con la transmisión de su dolor y su llanto, y, en concreto, al pronunciar la bella sentencia: «Soplos de Céfiro van por una ciudad desierta», que el emperador dejó caer sus lágrimas sobre el papel y prometió la reconstrucción de la ciudad.⁴ Aquí, no sin cierta ironía, se podría decir que la emoción que Arístides produjo en el emperador no solo transformó mágicamente el mundo interior de este, sino que también influyó en la transformación de manera literal del mundo exterior.

El tema de las emociones —y, en definitiva, la intersubjetividad— es muy amplio. Aquí solo podemos ofrecer algunos esbozos que sirvan de apoyo a la tesis que defendemos: que el conferenciante que lee su conferencia traiciona de algún modo a aquel que espera y desea aprender a través de las emociones y del temple de ánimo, que es aquello que pone voz al pensar; como vemos, ambos elementos constituyen una fuente importante de información. La lectura de un texto sin cierta espontaneidad en la expresión se podría considerar que constituye una especie

³ Sartre, J.-P. (1973), *Bosquejo para una teoría de las emociones*, (trad. Mónica Acheroff), Madrid, Alianza, p. 117.

⁴ Filóstrato (1982), *Vidas de los sofistas*, (trad. de María Concepción Giner Soria), Madrid, Gredos, p. 198.

de robo y un arrebató de lo que se promete en los programas de cada congreso: hablará un ser humano de nombre tal y tal —un ser humano, no un actor que reproduce lo que tiene escrito sobre el papel—. Él saldrá siempre más que airoso, su éxito quedó asegurado desde el momento en que introdujo su discurso en el maletín, pero, desde ese momento, el público también quedó condenado.